

**PRESENCIA Y REALIDAD DE
LA PSICOLOGÍA POLÍTICA FRANCESA**

Alejandro Dorna

Universidad de Caen. Francia

RESUMEN

En este artículo se presenta una visión resumida de los principales antecedentes de la psicología política francesa, así como una descripción de los ejes actuales de la investigación y la reflexión teórica. Al mismo tiempo, el trabajo realiza una confrontación entre la pertinencia de los estudios presentes y la realidad política contingente, que permite apreciar las perspectivas futuras y las dificultades para construir un proyecto integrador.

ABSTRACT

In this article a summarized vision of the main antecedents of French political psychology is presented, as well as a description of the current axes of research and theoretical examination. At the same time, the work focuses on a confrontation between the relevancy of present research and contingent political reality. This focus makes possible a consideration of future perspectives and an appreciation of the difficulty of constructing an integrated viewpoint.

La mayoría de los tratados modernos sobre la psicología política hacen abstracción de las aportaciones del pensamiento y la investigación francesa contemporánea (1). La razón es doble: por una parte, su presencia se ha marginado, pese a un prestigioso pasado, hoy prácticamente olvidado; por otra parte, nunca ha logrado un status universitario independiente.

En este artículo se presenta brevemente, a través de una revisión de trabajos recientes, la realidad actual de la disciplina y un panorama de sus principales precursores. Y a modo de conclusión, se introduce una discusión sobre las cuestiones que la urgencia política reclama como prioritarias, pero que los investigadores dudan en abordar concretamente.

La matriz moderna de la psicología política en Francia

Sabemos que especificar los temas y buscar los orígenes de las disciplinas científicas, es una manera de comprender la marcha de la investigación contemporánea y de reconocer las deudas intelectuales e ideológicas que el presente tiene con el pasado. N. Elias (1975) lo señala en términos claros: « (...) la observación de los hechos presentes permite comprender mejor los fenómenos pasados y profundizar el pasado da acceso a lo que ocurre bajo nuestra mirada: muchos de los mecanismos de interdependencia actuales no son mas que la continuación, en la misma dirección, de las transformaciones que anteriormente han afectado las estructuras de la sociedad occidental ». (pp. 299-300).

La psicología política no escapa de ese movimiento dialéctico. La cultura, en este caso francesa, constituye una matriz fecunda para el desarrollo de las ideas políticas y las conductas sociales. No es casualidad que la Revolución de 1789 y los hechos políticos e ideológicos, contradictorios, que la conducen de Robespierre a Napoleón inspiren los primeros esbozos de la psicología política moderna.

Los primeros y principales pioneros

A comienzos del siglo XIX la búsqueda de estabilidad social y la necesidad de construir un cuerpo teórico, capaz de interpretar la convulsionada realidad de la época, hacen que los trabajos de Fourier, Tocqueville, Taine, Renan, entre otros pensadores, se inscriban dentro de una interpretación histórica y psicológica de los eventos sociales.

Los enfoques de cada autor son originales y siguen caminos diferentes, pero tienen en común una gran convergencia psicológica que se revela, bajo formas sutiles, cuando tratan de analizar los procesos que regulan la acción colectiva e individual.

La figura de Charles Fourier (1772-1832) representa una fuente de inspiración psicológica de la política. Sus análisis sobre la educación de los niños, el matrimonio, el papel del padre y de las pasiones humanas lo sitúan como uno de los precursores del freudismo social, del utopismo, de la dinámica de grupo y de la psicología social.

Lejos del utopismo de Fourier, la obra de Alexis de Tocqueville (1805-1859) representa la reflexión sociológica por excelencia de la democracia desde el punto de vista del liberalismo. La dinámica del proceso democrático es descrita bajo la forma de micro-paradigmas que evocan la parte psicológica de las interacciones sociales. Lo que mas cuenta en los estudios de Tocqueville no son los cálculos fríos y los razonamientos formales de interpretación de la sociedad, sino sus intuiciones sobre las pasiones y las

motivaciones de los individuos. Una de sus conclusiones puede servir de prueba. Tocqueville sostiene que los hombres se hacen trampa a si mismos por exceso de cálculos sobre la estrategia de los demás. De hecho, la practica social demuestra que los ideales se alimentan psicológicamente de creencias, valores y emociones.

Las reflexiones de Tocqueville conservan aun hoy una asombrosa pertinencia. El punto álgido de su interpretación es el carácter ambiguo del conformismo político del régimen democrático. De hecho, comenta Tocqueville, cuando la mayoría deja de creer en un ideal común, pero disimula aun defenderlo, se instala el inmovilismo con su corte de conflictos larvados y la larga espera de soluciones milagrosas.

Desde otra perspectiva, los trabajos históricos de H. Taine (1928-1893) proponen la construcción de un puente entre las interpretaciones psicológicas y sociológicas. Las relaciones entre las identidades individuales y colectivas ocupan una parte considerable de su célebre *Historia de los orígenes de Francia*.

De una manera explícita Taine expresa su voluntad de desarrollar una ciencia política basada en la psicología científica: «la historia es en el fondo un problema psicológico». La búsqueda de las causas psicológicas de los hechos sociales lo conducen ha estudiar uno de los principales grupos políticos de la Revolución francesa de 1789: los jacobinos. El análisis exhaustivo del programa revolucionario lo lleva, al mismo tiempo, a demostrar el carácter fanático de sus proposiciones y a esbozar un retrato psicológico de sus jefes. Evidentemente, si los contornos son imprecisos, numerosas observaciones son válidas, pese a lo rudimentario de las herramientas metodológicas utilizadas. Emile Boutmy, su discípulo y amigo, introduce mas tarde el término de «psicología política» en el título de dos de sus obras, que abren la puerta a la versión francesa de la psicología de los pueblos, que los alemanes desarrollaran a partir de los estudios de Wundt y sus discípulos.

En la línea de los grandes precursores, hay otro personaje a resaltar: Ernest Renan (1823-1892). Historiador a la vez que filósofo, Renan es un moralista que sufre una conversión racionalista y científica, después de haber frecuentado el seminario. Su nombre está ligado a un libro polémico, juzgado escandaloso por la jerarquía eclesiástica de su época: *la vida de Jesús*.

La Iglesia reprocha a Renan de haber estudiado a Jesús y a los evangelios como simples hechos sociales y materiales de investigación sociológica y de elaborar una imagen humana de Jesús, mas como un reformador social que como una divinidad, despojándolo de sus milagros y del mensaje religioso.

La influencia de Renan se ejerce sobre la necesidad de una reforma intelectual y moral de su tiempo. En sus escritos hay una parte conservadora y otra profundamente republicana. La búsqueda del equilibrio es su meta, como lo muestra cuando escribe: «la naturaleza humana en su conjunto no es ni completamente buena, ni completamente mala, ni santa ni profana».

A la pregunta filosófica y política, *¿Qué es una nación?* (famosa conferencia del 11 de Marzo de 1982) Renan propone una respuesta que constituye una de las mejores páginas de la psicología política contemporánea.

En esencia sus argumentos son los siguientes: la nación no es una raza, tampoco una lengua, ni un territorio ni una religión. En síntesis: una nación es una alma colectiva. La idea nacional se enraiza en una tradición y en una memoria emocional. Haber *sufrido juntos* constituye un lazo poderoso. La nación puede en ese sentido constituir una gran solidaridad, pero debe practicarse todos los días.

Un ideal universalista corona su pensamiento. Antes de designar una cultura particular (francesa, española, italiana, alemana, etc.) debemos referirnos a la cultura humana en su conjunto. Los hombres son herederos de las obras y los pensamientos de toda la humanidad.

Los fundadores contemporáneos de la disciplina

A fines del siglo XIX, la teoría positivista domina la Universidad francesa. Las corrientes subjetivistas se refugian en la filosofía y en la psicología metafísica. A. Comte excluye la psicología de la categoría de disciplinas científicas, y propone diluirla en la fisiología y en la sociología.

De ahí que los primeros promotores de la psicología política se encuentran en medio de una encrucijada epistemológica, y delante de un dilema metodológico, bajo la presión de las instituciones académicas.

La polémica entre G. Tarde y E. Durkheim marca las dificultades de diálogo entre la psicología y la sociología, mientras que su desenlace tendrá graves consecuencias en la evolución de la disciplina, y la minusvalía de su status universitario. En el fondo la discordia resulta tanto de la lucha académica por el control de la naciente ciencia social, como de la voluntad positivista de someterla a las exigencias epistemológicas de las ciencias físicas y del método experimental.

E. Durkheim, la figura más importante de la sociología académica positivista, rechaza toda interpretación psicológica de los hechos sociales, pese a que posteriormente en su célebre estudio sobre el *suicidio* (1897) algunos aspectos psicológicos son incorporados al modelo sociológico. La tesis contiene una adhesión total al principio del determinismo social, pero admi-

te una predisposición que puede explicarse en términos psicológicos. En otros términos: los sujetos alienados tienen, efectivamente, mayores tendencias a suicidarse. Sin embargo, lo que determina el suicidio en última instancia no es un trastorno psicológico, sino las condiciones sociales.

La sociedad, según Durkheim, se encuentra atravesada por corrientes suicidas. Estas tendencias no se manifiestan por azar. Hay individuos que son más vulnerables que otros. La predisposición psicopatológica puede ser una causa. Sin embargo, la clave del problema es el grado de integración del individuo en la sociedad. De ahí que la definición de crisis propuesta por Durkheim, considere que la desintegración social es el resultado de una ruptura de los lazos que unen los individuos al grupo. Algunas de sus reflexiones conservan una gran actualidad. En efecto, los diversos agentes de socialización (integración) tales como la familia, la escuela, el Estado, y el trabajo, han dejado de ser eficaces para someter al individuo a las exigencias de solidaridad y de seguridad que son indispensables para una vida común.

Por su parte, la posición de Tarde es «académicamente» incómoda. Su idea de crear un espacio entre la psicología y la sociología, a fin de fundar una psicología social autónoma, fue muy criticada por los representantes tanto de la psicología como de la sociología. Tarde se encuentra entre dos fuegos institucionales. La única vía fue un imposible compromiso que le condujo a un trabajo teórico solitario al margen de la ciencia oficial.

El hombre, estima Tarde, es un animal psicológico, que establece lazos de intersubjetividad, antes que un organismo habitado por una conciencia colectiva. En otras palabras: sin individuo no hay sociedad.

La sociabilidad es producto de la imitación. Un individuo propone una idea o produce una acción que son recogidas por otro individuo, quien se inspira para pensar y comportarse, a la vez que las transmite a otros individuos. En suma: la fuente de lo social se encuentra a nivel individual y no de la sociedad.

Durkheim postula una lógica distinta. La sociedad es un conjunto de individuos que piensa diferentemente a los sujetos que la componen y que posee una conciencia colectiva organizada en términos morales, ideales, religiosos, e institucionales.

La confrontación entre estos dos fundadores constituye un episodio histórico aun vigente. El peso de Durkheim dentro del sistema universitario de su época, hizo que la posibilidad de crear una psicología social independiente de la sociología y de la psicología fuera relegada hasta las calendas griegas.

Hacer de esta polémica un hecho epistemológico mayor es un error, pero ignorarlo es escoger una lectura oficial simplificadora, que borra los elementos que conducen aun hoy en día a debilitar las bases del enfoque psicosociológico de los hechos políticos.

De la polémica histórica y del fracaso estratégico de Tarde, debemos retener dos hechos: por una parte, la psicología social francesa se desarrolla difícilmente, en un medio universitario reticente y casi hostil; por otra que los primeros intentos de analizar psicológicamente la realidad política se realizan fuera de los círculos académicos.

En sus comienzos la psicología política emerge a través de algunas publicaciones de gran impacto público. Así se explica que la paternidad de la nueva disciplina sea atribuida a un pensador solitario, médico de profesión, políticamente conservador, pero dotado de una aguda percepción de las contradicciones sociales de su época y de la influencia de la tecnología sobre los individuos: Gustavo Le Bon (1841-1931). El inmenso éxito editorial de su libro *La psicología de las multitudes*, acentuó aun más la distancia entre el medio universitario y los pensadores interesados en establecer relaciones entre la psicología y la política.

Algunos años mas tarde, G. Le Bon publica un nuevo libro, menos conocido, que constituye la cristalización de un proyecto ideológico y científico: *La psicología política y la defensa nacional* (1917). A pesar de sus defectos, este texto merece una lectura atenta, pues contiene algunos elementos de interés epistemológico y metodológico.

La psicología política constituye, según el autor, una ciencia de gobierno, en el sentido de una ingeniería social. En efecto, la acción gubernamental plantea habitualmente un problema práctico: ceder o resistir a la presión de las masas. Le Bon juzga que ceder es una lamentable manera de considerar la toma de decisiones políticas. De ahí que uno de los objetivos de la nueva disciplina consista en responder científicamente a tres preguntas cruciales: ¿Cuándo actuar? ¿Cómo actuar? ¿Bajo qué condiciones actuar?

Un hecho fundamental: mientras mas graves son los hechos, menos tiempo hay para actuar. Las intuiciones no bastan. En consecuencia, una de las tareas consiste en descubrir los factores (presentes o pasados) que pueden estar en relación con los hechos. El método que Le Bon propone es la observación directa, la clasificación rigurosa de las situaciones y de los elementos en juego, afin de poder compararlos con otros acontecimientos similares o diferentes.

Le Bon no es el único de su generación que intenta, a través de la observación directa de los hechos, la transformación de la psicología política intuitiva en una ciencia empírica. Otros pensadores han sido olvidados,

otros son reconocidos a través de trabajos y referencias ajenas a la disciplina, como, por ejemplo, A. Binet, G. Sorel, C. Bouglé, C. Blondel. Sin embargo, hay un psicólogo de la política, A. Hamon, cuyos trabajos son raramente citados, que ha adquirido con el tiempo un relieve particular, gracias al esfuerzo de Lubek y Apfelbaum (1989).

La originalidad de Augustin Hamon reside en la relación directa que existe entre su trabajo de reflexión y sus experiencias de vida. Testigo ocular de algunos acontecimientos tumultuosos de fines del siglo XIX, Hamon desarrolla una notable capacidad de observación del terreno social y político de su época.

En 1894 publica un libro devastador: *Psicología del militar profesional*. La crítica de la institución militar es lapidaria. Las reacciones de las autoridades militares son numerosas hasta el punto de prohibir su venta. No obstante, más que un panfleto anti-militarista (bastante corriente en aquellos tiempos dentro de los círculos de izquierda), la obra de Hamon se presenta como una auténtica investigación psicosociológica. La concepción psicológica de Hamon sobre el oficio militar tiene en cuenta las variables sociales y familiares, sin caer en los excesos reduccionistas de Le Bon, para quien el determinismo biológico es el postulado esencial de las conductas humanas.

La lectura de los trabajos de Hamon permite comprender como las condiciones creadas por la institución armada determinan la disciplina, y transforman al ejército en una fábrica de hombres dispuestos a matar. De esta manera la mentalidad profesional del militar se explica fácilmente por la influencia del medio ambiente y la estructura de la organización.

Otro libro, publicado en 1995, hace de Hamon uno de los psicólogos sociales más originales de su generación: *Psicología del anarquista-socialista*. Si en la primera de sus obras, la tesis de la influencia del ambiente sobre la conducta de los hombres, obtiene una gran confirmación, Hamon se interroga, en esta segunda, sobre las razones que conducen a ciertos hombres a escoger un oficio, perseguir una meta y entregarse a una creencia. Cabe recordar que los numerosos atentados terroristas en Europa, a fines de siglo, atribuidos al movimiento anarquista, habían creado una verdadera psicosis en los medios gubernamentales y en la gran burguesía europea.

¿El «anarquista-socialista» corresponde a un «ideal-tipo»? A fin de responder, Hamon utiliza un instrumento poco usual en esos tiempos: el cuestionario. Es preciso señalar que la manera como los datos son reunidos y analizados pone en evidencia el rigor y la objetividad de la metodología. La discusión de los elementos recogidos le lleva a postular que si un oficio

puede generar conductas criminales, a la inversa algunos actos juzgados así por la ley pueden inspirarse en grandes sentimientos de justicia.

La acogida poco favorable de los estudios de Hamon, refleja la gran hostilidad que la opinión pública y los medios universitarios reservan a los enfoques psicológicos de las instituciones políticas y a las ideas libertarias. De ahí que no es sorprendente que Hamon abandone progresivamente sus investigaciones, y sus huellas se pierdan en medio de la gran guerra y las turbulencias sociales de esa época.

La actualidad de la psicología política en Francia

Pese a su vigencia y a la importancia de los primeros trabajos, hoy clásicos, la psicología política de comienzos de siglo no logra estructurarse como disciplina universitaria. La razón principal es la oposición de las corrientes sociológicas dominadas por el pensamiento de Durkheim. Ciertamente es que algunos investigadores (Parodi, Buisson, Lapie, Duprat, Maxwell, Draghicesco, De Roberty, Richard) incorporan progresivamente la perspectiva psicológica, que mucho más tarde dará origen a la psicopsicología. C. Bouglé es probablemente uno de los autores, que con más ardor trata de construir un puente entre la sociología y la psicología. Su preocupación por los asuntos de la sociedad política lo conduce a plantear la importancia de la igualdad como valor. No se trata de afirmar que los hombres sean iguales, sino de que deben serlo legal y socialmente. De allí, una referencia psicológica a la conciencia voluntaria que debe recompensar los méritos. Desde el punto de vista ideológico sus trabajos apuntan a una *solidaridad pragmática*, a la defensa de la noción republicana de igualdad de oportunidades, y a la restricción severa de las ventajas hereditarias.

Entre las dos guerras mundiales el predominio de la filosofía social (marxista) y de la sociología institucional se acentúan, mientras que la psicología se orienta cada vez más hacia la fisiología experimental y luego la psicometría.

Uno de los pocos autores que tratan la cuestión social desde un punto de vista psicológico es Charles Blondel, cuyos estudios sobre la *psicología colectiva* (1923), introducen una relectura convergente del polémico análisis de las obras de Tarde, Durkheim y Comte. Entre otras afirmaciones hay una que conviene recordar: la razón es una cosa colectiva y, en consecuencia, las influencias sociales son percibidas y producidas por la mente. Una cierta dosis de positivismo lo conduce a eliminar del *homo psicologicus*, las abstracciones vagas y vacías de la metafísica, afin de orientar la búsqueda

de los mecanismos de la influencia social a partir de las conductas observables.

En los años treinta, curiosamente, los investigadores universitarios (sociólogos y psicólogos) se interesan bastante poco por las convulsiones sociales que viven las sociedades europeas, los enfrentamientos ideológicos y la dinámica política que culminarán con las atrocidades de la segunda guerra mundial. En cambio, una vez más, son los pensadores aislados y fuertemente comprometidos políticamente los que logran restablecer los lazos entre los procesos psíquicos y los comportamientos sociales. Hay dos figuras que han dejado importantes reflexiones de coyuntura. Uno de ellos es George Politzer, quien pese a abandonar epistemológicamente la cuestión psicológica, para abrazar ideológicamente la teoría marxista, traza algunas de las más penetrantes observaciones sobre la filosofía idealista, las tendencias psicoanalíticas y la ideología fascista. Otro autor, sorprendente y rocambolesco, es el escritor George Bataille, quien logra percibir con gran fineza los fundamentos psicológicos del totalitarismo.

Sin embargo, ninguno de estos interesantes pensadores logró crear una verdadera corriente de opinión, menos aun una teoría capaz de integrar en la psicología política las múltiples tendencias que la atraviesan. Aquí y allá, al final de la segunda guerra mundial, la transición entre la psicología social *introspectiva* y la psicología de inspiración *experimental* (bajo la influencia norteamericana) relega para más tarde la conjunción entre los procesos políticos y los procesos psicológicos. Dentro de este contexto, la psicología social logra obtener un status universitario a condición de hacer abstracción de la problemática política. La personalidad de Jean Stoetzel juega un papel importante en la implantación del enfoque psicosocial, y la utilización de algunas de las técnicas de encuestas y de sondeos de opinión.

Más adelante, los enfoques teóricos de la *ciencia normal* según la fórmula consagrada por Kuhn (1971) dominan el espacio científico. Así, progresivamente, bajo la influencia de los marcos de referencia de las ciencias sociales anglosajonas, los temas clásicos de la psicología política, abordados por los fundadores del siglo XIX, dejan de interesar a los nuevos centros de investigaciones sociales.

En suma: actualmente la gran mayoría de los investigadores se especializan, bajo el peso de sus innumerables microexperiencias de laboratorio, en los procesos cognitivos y los enfoques lingüísticos, desde la perspectiva abierta por la nueva filosofía de la intencionalidad y del espíritu. Una vez más, históricamente, los partidarios de una psicología política científica se encuentran en situación de marginalidad.

Tal afirmación corre el riesgo de parecer exagerada y contradictoria a la luz de las numerosas publicaciones, los coloquios y los diversos números especiales de revistas de ciencias sociales, que abren sus redacciones a la divulgación de los trabajos sobre psicología política. (Ver referencias bibliográficas). Sin embargo, lo uno no invalida lo otro, como veremos más adelante.

Ciertamente, la «producción» universitaria de la psicología política francesa conoce, desde los años ochenta, un cierto desarrollo que hace pensar en la formación de una masa crítica capaz de introducir nuevos espacios de autonomía para la disciplina. Un hecho es significativo, independientemente de la trivialidad que encierra, la psicología política se manifiesta nuevamente dentro de un contexto de crisis social y política.

Las publicaciones recientes que hacen referencia directa a la psicología política son las siguientes: S. Moscovici (1981), E. Enriquez (1983), M.Grawitz (1985), M.L. Rouquette (1985), S. Moscovici (1988), R. Ghiglione et al. (1989), J.Larrue et al. (1989), J. Elser (1990), B. Orfali (1990), P.Braud (1991), E. Enriquez (1991), A. Trognon y J. Larrue (1994), P.Perrineau (1994), Rouquette (1994), J. Barus Michel et al. (1996), A. Dorna (en prensa).

Algunas revistas especializadas han acogido las contribuciones actuales sobre las relaciones entre psicología y política. A saber, los números siguientes bajo la dirección de: E. Apfelbaum, A. Dorna y J.M. Besnier (*Hermes* n° 5-6, 1989), A. Dorna y R. Ghiglione (*Psychologie Française* n°35, 1990), P. Amerio y J. Larrue (*Revue Internationale de Psychologie Sociale* n° 3-4, 1991), A. Dorna y C. Chabrol (*Connexions* n°64, 1994), P. Meyer-Bischt y A. Dorna (*Hermes* n°19, 1996), A. Dorna (*Bulletin de Psychologie*, en prensa).

Ante estos datos cabe preguntarse: ¿Hastá que punto la psicología política francesa a conquistado sus títulos de «nobleza»?

J. Larrue (1994) ha propuesto un balance, bastante polémico, del estado general de la disciplina en Francia. Su entusiasmo la conduce a exagerar su importancia y su status académico. Salvo que en su propia argumentación se descubre la contradicción de sus propósitos: si la psicología política existe, se trata de una psicología social sin política. Vale la pena transcribir textualmente su pensamiento: «la psicología social política existe. No es una ciencia de «encrucijada». Ni una disciplina autónoma. Ni un ejercicio de aplicación de los conocimientos adquiridos. Ni el examen de la interacción de los fenómenos políticos y psicológicos».

De hecho, para Larrue, no hay duda posible: la psicología política existe porque no es otra cosa que una psicología social aplicada a los hechos

políticos. Así, para la mayoría de los psicólogos sociales, la discusión del status y de la definición de la disciplina carecen de sentido. No obstante, lejos de ser una polémica bizantina, se trata de un problema teórico, cuyas consecuencias son de orden institucional, y se miden en términos de las opciones temáticas que los investigadores hacen en medio de un periodo histórico determinado.

En la práctica, la mayoría de los investigadores franceses han escogido una solución de facilidad: transferir al terreno de la política los conocimientos acumulados por la psicología social. Sin embargo, en los trabajos de laboratorio los hechos políticos son elementos anecdóticos. En la práctica la verdadera meta no es otra que observar el valor empírico de las teorías de la psicosociología de laboratorio, sin preocuparse directamente de las variables políticas ni del contenido ideológico en juego.

A fin de ofrecer –resumidamente– una visión de la psicología política «a la francesa», hemos aislado en cuatro grandes campos sus principales aportaciones actuales:

La cognición vaciada de los hechos políticos

Los estudios de Serge Moscovici y sus colaboradores han tratado de crear las condiciones para transferir la teoría psicosocial a los hechos políticos. La política, sin embargo, no es nunca tratada de manera directa, ni ocupa tampoco un lugar central en la elaboración teórica. En efecto, para Moscovici (1984) la psicología social es «la ciencia de los fenómenos de la ideología (cogniciones y representaciones sociales) y los fenómenos de comunicación». Lo esencial es entonces investigar la relación entre las cuestiones ideológicas y los problemas políticos que componen la acción de las masas y de las minorías.

Moscovici (1961) recupera y adapta la noción utilizada por E. Durkheim de *representaciones colectivas*, y la reintroduce dentro de su enfoque psicosocial, bajo el término de *representaciones sociales* como un saber práctico. Se trata de los conocimientos de sentido común y de los universos de opiniones, que proporcionan una comunicación entre los miembros de diversas comunidades.

Los psicólogos de la *representación social* (Jodelet 1989) ilustran perfectamente una manera académica de considerar, alternativamente, la vida política y sus manifestaciones cognitivas. De ahí la importancia que adquieren los innumerables estudios y experiencias de grupo, y la búsqueda de mecanismos psicolingüísticos de la comunicación, frente al círculo vicioso de una *comunicación sin lenguaje y de un lenguaje sin comunicación*.

Así, el lenguaje puede ser enfocado como proceso de mediación, dentro del cual las representaciones sociales ocupan un sitio de honor.

Aunque la contribución original de J.P. Deconchy (1980, 1992, 1996) no se inscribe directamente dentro del paradigma de la representación social, muchas de sus reflexiones parecen ser convergentes. Un punto metodológico es compartido: la cuestión política esta implícitamente planteada, pero jamás explícitamente tratada. Su temática concierne el funcionamiento de las ortodoxias religiosas, definidas como sistemas ideológicos que disponen de un mecanismo capaz de regulación. La hipótesis central es la siguiente: en un sistema ortodoxo la fragilidad racional de la información está compensada por la intensidad de la regulación social. En otras palabras, se trata de sistemas capaces de reestablecer o de transformar sus propios equilibrios. Los análisis de Deconchy sobre la regulación social ejercida por la Iglesia (católica) y la fragilidad racional de la información percibida por los fieles, podrían extrapolarse, evidentemente, a la problemática política y la innovación ideológica.

Algo similar ocurre con el tema central del equipo de Moscovici: la inversión del paradigma de S. Asch (1951) sobre la influencia de la mayoría y el conformismo social. Algunos investigadores (Mugny y Pérez, 1989; 1993) han sistematizado sus hallazgos y aportado una nueva masa de datos empíricos a la teoría de las minorías actuantes.

Dentro de la búsqueda de un nuevo campo de aplicación del enfoque de las representaciones sociales, Jodelet (1992) se interesa por la memoria de masas y sus implicaciones éticas y psicológicas. El proceso espectacular de K. Barbie, teniente SS, que durante la ocupación alemana es jefe de la Gestapo en la ciudad de Lyon, le permite un análisis fino del conflicto entre la historia y la memoria.

A pesar de la fineza de los análisis y la sutilidad metodológica de las experiencias, los escasos componentes políticos que integran estos trabajos, hace que se puedan considerar más como pretextos conceptuales para justificar una cierta lógica teórica, que la consecuencia de un interés real por los asuntos políticos concretos.

En suma: un exceso de formalismo metodológico y una buena dosis de rigidez teórica caracterizan al conjunto de las investigaciones sobre la representación social al modo francés. De ahí, su esterilidad concreta y la distancia estética que sus conclusiones conservan frente a la demanda política contingente.

La comprensión cognitiva de los objetos políticos

Otros investigadores, desde el punto de vista del cognitivismo social, están mucho más cerca de la realidad política. La problemática del militan-tismo es un ejemplo interesante. Larrue et al. (1989) en un voluminoso trabajo de entrevistas muestra la dinámica interna del militan-tismo en el seno del Partido Comunista Francés. Mientras que Gaffié (1991) analiza el impacto de la influencia minoritaria sobre las interacciones de militantes socialistas, ante la introducción de nuevas prácticas políticas de discusión interna. Por su parte, Marchand (1994) estudia la dinámica de tres grupos de militantes socialistas, en relación al compromiso personal, las relaciones de grupo, y las representaciones de la autoridad. Sus conclusiones le conducen a actualizar los principios de la teoría de K. Lewin sobre el funcio-namiento de los grupos. Otra investigación empírica sobre el terreno lleva a Rosenplac (1990) a interesarse por la fuerza de atracción de los líderes nacionales sobre los militantes de los dos partidos radicales, uno que se sitúa en la esfera de la influencia de la izquierda (MRG), y el otro que se ubica en la tendencia de la derecha (PR). En ambos casos, una constatación se impone: los radicales de derecha e izquierda comparten los mismos prin-cipios, y sufren simétricamente la atracción de ciertas personalidades polí-ticas exteriores que sobredeterminan sus ubicaciones en la escena política.

Dentro de los trabajos sobre los partidos políticos cabe mencionar la investigación de Orfali (1989) quien realiza un estudio pionero sobre los militantes del Frente Nacional (F.N.), cuyo líder carismático, J.M. Le Pen, representa un caso particular dentro del panorama político del neofascismo europeo. Los resultados indican que el retrato hablado del militante frentista es una mezcla de resentimiento, frustración, búsqueda de identidad y de diferencia, de voluntarismo conservador, de odio racial y contestación anti-parlamentaria. En suma, los rasgos de la personalidad autoritaria. La ad-hesión al F.N. es vivida por los militantes como un acto de afirmación personal frente al sentimiento de miedo al futuro. La conclusión es clara: el discurso ideológico de los militantes frentistas es la retórica perversa de las pasiones políticas.

¿Cuáles son las variables ideológicas que estructuran las representacio-nes políticas en Francia? La pregunta ha sido investigada por Michelat y Simon (1977) a través de una gran encuesta nacional. Los análisis muestran la relación entre las actitudes y los periodos de crisis socio-económica. La síntesis de los resultados revela que lo que determina las representaciones políticas son esencialmente dos variables: la creencia religiosa, y el conflic-to entre la derecha y la izquierda. Si los orígenes de la oposición entre la derecha y la izquierda se remontan a las posiciones ocupadas por los asien-

tos de los diputados de la Convención durante los años agitados de fines del siglo XVIII, sus repercusiones ideológicas son aun válidas para diagnosticar los fenómenos de la vida política francesa contemporánea.

El poder y la crítica del sistema social

Algunas investigaciones (Pagès, 1983; Ibáñez, 1983) han permitido desentrañar los misterios de las relaciones de poder y de la autoridad. Otras han profundizado en los aspectos clínicos inherentes a las relaciones de poder entre dirigentes y dirigidos. Los ensayos de E. Enríquez (1991) contienen agudas reflexiones y una penetrante comprensión de las relaciones sociales y, al mismo tiempo, de la poderosa fascinación que ejercen las figuras carismáticas en las situaciones de crisis. Desde la misma perspectiva los trabajos de M. Pagès (1983), P. Ansard (1983), y J. Barus-Michel (1996) han tendido un puente entre los enfoques típicamente sociales y las observaciones clínicas, a fin de aprehender la crisis de las organizaciones y de la sociedad contemporánea. Tales investigadores parecen estar de acuerdo en el diagnóstico. Las crisis colectivas tanto como las individuales son períodos críticos entre dos momentos de relativa estabilidad. Contrariamente a los temores que toda crisis conlleva, hay razones para pensar que se trata de un momento óptimo para evitar las consecuencias incontroladas y las actitudes extremas.

Para Ridel (1991) los síntomas mayores de una crisis social aguda se observan a través de las perturbaciones emocionales, y especialmente la desestructuración de la identidad colectiva y/o individual. La historia de la humanidad se encuentra jalonada de revoluciones, revueltas y hechos trágicos, cuyo telón de fondo es la acumulación de síntomas de miedos y de formas de conflicto con la autoridad.

De hecho, la formación de la estructura de la personalidad se encuentra marcada por las instituciones sociales. Los trabajos recientes de Dorna (1996) sobre la personalidad democrática y maquiavélica, intentan retomar algunos de los modelos de la conducta política democrática. Los resultados experimentales no son concluyentes. Sin embargo, la hipótesis de un maquiavelismo social parece acertada. La cuestión de una personalidad autoritaria o democrática está relacionada con la situación social en un momento dado. La práctica institucional de algunos hombres políticos y jefes de estados democráticos actuales permite afirmar que el hombre democrático puede corresponder –en determinadas circunstancias– al retrato hecho del hombre maquiavélico. En resumen: la situación determina en última instancia, el tipo de conductas del hombre político.

La importancia de la situación social encuentra en la reflexión de J.L. Beauvois (1994) un eco manifiesto. La obra sostiene, sobre la base de los conocimientos acumulados por la psicología social cognitiva, una crítica argumentada y profunda de la ideología liberal y de sus implicaciones en la conducta social. En efecto, Beauvois sostiene que el Estado liberal utiliza un principio psicológico brutal: la sumisión libremente consentida. En otras palabras, la teoría liberal implica una explicación psicologizante: los hombres deben encontrar en sí mismos la causa de lo que les ocurre. De esta manera la argumentación psicológica encuentra su utilidad política y se transforma en ideología al servicio del poder.

La psicología social debe, según J.L. Beauvois, enfrentar una dualidad: por una parte, es una poderosa fuente de demistificación, capaz de alimentar la voluntad crítica; por otra parte, es una mistificación del poder y la negación de la crítica voluntaria. En términos políticos, el autor señala que entre la democracia y la ideología (psicológica) liberal existe una convivencia estrecha que conduce a la sumisión ordinaria y banal de los individuos al sistema institucional. Una serie de consecuencias son previsibles: el conformismo y el inmovilismo social de las élites.

Los mecanismos psicosociológicos de la teoría democrática liberal son de dos tipos: la racionalización y la internacionalización. El primero explica la manera como los individuos justifican sus propios comportamientos disonantes, afín de reducir la tensión y los sentimientos de culpabilidad. En cambio, el segundo implica la aceptación de las conductas como el resultado de una opción personal, aunque más bien están determinadas por las condiciones ambientales.

En resumen: la tesis de Beauvois pone en cuestión la sociedad democrática, al juzgarla como una máquina de servilismo, camuflada por la ideología de la libertad individual y la lógica retórica, que presupone una entidad individual autónoma e independiente de la estructura social, es decir de los intereses de grupo y las relaciones de poder.

Las variantes del discurso político

Los problemas de las palabras ocupan uno de los campos más amplios de la investigación francesa interesada en el discurso político. Las influencias –contrastadas y contradictorias– de los pensadores del lenguaje a la moda en los años sesenta (Lacan, Althusser, Foucault y Barthes), juegan un papel que no debe subestimarse. No en vano Dosse (1995) sitúa la psico-socio-lingüística como la disciplina dominante de las ciencias sociales contemporáneas. La inmensa influencia de las teorías lingüísticas, y el *retorno*

de la retórica han preparado el estudio del discurso político. Algunos enfoques se disputan la preeminencia teórica y metodológica: la lexicografía, el análisis de contenido, el análisis automático del discurso, el análisis conversacional, y el análisis proposicional del discurso (Bardin 1989).

La lexicografía se interesa principalmente por la estructura del lenguaje político, pero técnicamente trata de realizar una clasificación estadística de las palabras contenidas en el discurso. El enfoque interesa tanto a los psicólogos, como a los historiadores y a los sociólogos. Una de las principales fuentes de divulgación de esta tendencia es la revista *Mots* editada por la Fundación de Ciencias Políticas de París. Diversos trabajos han sido publicados sobre textos políticos. A saber: discursos de hombres políticos célebres, las declaraciones sindicales, los textos de la revolución francesa, etc. (Cotteret y Moreau, 1969; Cotteret, 1976; Gertlé, 1979; Bonnafous, 1981; Guilhamou y Lusenebrick, 1981; Labbé, 1983 etc).

Por tanto, una pregunta subyace al debate provocado por estos trabajos: ¿Para ser elegido, electoralmente, basta construir un discurso, según las buenas reglas estadísticas propuestas por la lexicografía?

Otro grupo de investigaciones, como las de Guespin (1971, 1984), se apoyan en la dicotomía lenguaje–ideología, y sus análisis hacen directamente referencia a la estructura socioeconómica, según la tradición del enfoque marxista ortodoxo. De hecho, el discurso es despojado de toda intencionalidad subjetiva y considerado únicamente como el punto de articulación entre el lenguaje y las condiciones sociales de producción. Ciertos psicólogos, especialmente Pecheux (1969, 1975) se inscriben dentro de esta perspectiva, al mismo tiempo que incorporan las reglas lingüísticas de la gramática de Chomsky, en la construcción de un método llamado *análisis automático del discurso*.

En los años ochenta las reflexiones sociológicas (Bourdieu 1982) y lingüísticas (Hagege 1985) desplazan el interés de la investigación del discurso hacia otros derroteros. Por una parte, los especialistas reconocen que la función de la palabra no consiste en reproducir el mundo, puesto que el sentido depende tanto de la estructura de la lengua como de la situación social. Y por otra establecen que si las palabras *pesan*, ellas también tienen un *precio*, lo cual depende de la capacidad de los *locutores* de imponer los criterios más favorables para la apreciación de sus discursos. De ahí que los análisis del discurso deben tener en cuenta los aspectos sociales de la interacción y las formas de la comunicación.

Estas consideraciones explican, en cierta medida, el interés actual de un gran número de psicólogos sociales franceses, por los procesos lingüísticos de la comunicación interpersonal y la lógica de la persuasión. Por tanto no

es extraño constatar (Bromberg, Dorna, Ghiglione 1993, Dorna y Ghiglione 1989) el interés renovado por los procesos de persuasión y de la lógica discursiva. A partir de esta actualización teórica y de la aplicación de las reglas de la experimentación sobre el lenguaje, (Ghiglione et al. 1986, Dorna 1993 b), emerge un enfoque teórico de vocación integrativa: *el contrato de comunicación*. Sus postulados hacen que el proceso de comunicación sea considerado como una co-construcción de la realidad, producto de los intercambios entre los actores de la interlocución. De hecho, los autores sostienen que la lengua no copia ni transporta la realidad social, sino que la crea en función de las transacciones (contratos) semánticas, que los actores de la comunicación realizan durante la interacción dentro de una situación determinada, cuyas reglas pueden ser puestas en evidencia experimentalmente. Otro alcance pertinente: la palabra lejos de reproducir un mundo único inalterable, construye dialogando una serie de mundos posibles según la fórmula propuesta por el Hintikka (1981).

Desde esta perspectiva todo discurso:

1. se integra en el paradigma de la influencia social y la lógica persuasiva.
2. persigue una meta precisa: provocar un cambio en el receptor según los deseos del emisor.
3. implica un proceso de persuasión discursiva en el cual se produce un *envite* (2) cualquiera sea la importancia de la misma.
4. utiliza con preferencia ciertos modelos estratégicos y lógicas persuasivas.
5. emplea una lógica de lo verosímil (y no de lo verdadero), y estructura determinados contratos de comunicación según las situaciones de interlocución.

Los resultados experimentales sobre los discursos políticos (Lucas (1985), Dorna (1987), Dorna y Bromberg (1990), Bromberg y Dorna (1990), Dorna (1991, 1993, 1995, 1996) tienden a validar los principales postulados de la teoría del *contrato de comunicación*.

En una investigación transcultural (Dorna, 1990) sobre la representación y los efectos persuasivos del discurso *centrista* (3), ciertos hallazgos permiten clarificar la paradoja que se produce, cuando los sujetos experimentales afirman que están de acuerdo con los contenidos de dicho discurso y, al mismo tiempo, lo juzgan como poco persuasivo.

Dentro del mismo marco de referencia, otros investigadores se interesan por la estructura del discurso de tipo racista (Castel y Lacassagne

1993). Las conclusiones sugieren que la idea racista consiste en aprehender y rechazar a los otros, a partir de sus características aparentes en situaciones donde la diferenciación de los individuos es la clave de la estructuración de su propio mundo. Desde un punto de vista práctico, los autores piensan que la generalización del término *racista* crea a su vez un estereotipo, que impide singularizar el *acto* racista y analizar las condiciones bajo las cuales se produce.

Los intercambios discursivos en situaciones de grupo interesan a ciertos psicólogos sociales. Dicho interés tiene relación con los elementos de la regulación del discurso. Trognon y Larrue (1994) estructuran sus trabajos desde el punto de vista de la lingüística pragmática conversacional. El estudio de situaciones de conflicto y de debate público les permite demostrar que si bien los intercambios provocan una co-construcción de la referencia, la pieza maestra de las estrategias discursivas son las reglas de alternancia. Por su parte Oleron (1983) extrae interesantes conclusiones de sus análisis de los intercambios polémicos. El objetivo es estudiar la coherencia textual y la cooperación en los diálogos. La conclusión muestra una paradoja: cuando la polémica se produce, la coherencia (intra-discursiva) permanece prácticamente inalterada, mientras que la cooperación comunicativa se deteriora de manera sensible. Otras variables juegan, ciertamente un papel importante: las interrupciones, la apertura, las motivaciones, etc.

Finalmente, una experiencia piloto (Argentin, Dorna y Ghiglione 1990) ilustra las vinculaciones entre el discurso y la gestualidad en una situación política real. La manipulación de los gestos clasificados en tres tipos (puntuadores, metafóricos y adaptadores), explica la mayor o menor eficacia del discurso. En otras palabras, la eliminación de los gestos adaptadores permite una mejora en la percepción del orador, así como el equilibrio de gestos puntuadores y metafóricos.

Comentarios finales

Este rápido balance de la psicología política francesa es evidentemente parcial e incompleto. Razón por la cual algunos comentarios (personales) me parecen necesarios y útiles, pues tienen probablemente un alcance más allá de las fronteras geográficas.

La psicología social universitaria francesa, dentro de la cual se ha conservado la psicología política, vive una crisis prolongada de *vocación*, producto de las contradicciones entre sus postulados científicos y las exigencias *ideológicas* de la demanda social. El síndrome de la ciencia de *laboratorio* ha conducido, paradójicamente, a reducir las áreas de estudio de la

disciplina y a omitir sutilmente las variables históricas en las situaciones observables. La tendencia de encerrarse en la *torre de marfil* refuerza la apología de la *neutralidad* de la ciencia. Las consecuencias son clásicas: por una parte, una gran indiferencia frente a los acontecimientos sociales de connotación política y, por otra, una rutina metodológica recurrente.

Por cierto, la psicología social no es una excepción dentro del ámbito universitario. Desde una perspectiva más general, A. Caillé (1993) denuncia con argumentos sólidos *la dimisión de los intelectuales*. Las ciencias sociales, escribe Caillé, han olvidado lo político, peor aun, se han despolitizado hasta tal punto que, de hecho, el espíritu conformista de la sociedad *post-moderna* ha penetrado profundamente los principales bastiones humanistas de la Universidad francesa.

Las presiones institucionales por adaptarse al estilo de producción científica a la americana, han producido una acentuación de estas tendencias conservadoras. La psicología social francesa se encuentra bajo la influencia de los paradigmas cognitivistas y los enfoques comunicacionales, fuertemente ligados a la irrupción de la informática, así como de la lingüística y sus enfoques metafísicos. Al mismo tiempo los investigadores son cada vez mas reticentes a abordar empíricamente el funcionamiento institucional y las conductas políticas. La razón es simple: el status y la ubicación de la psicología política continúa provocando polémicas. El fantasma de Durkheim aun visita las facultades de ciencias sociales y los espacios aun abiertos a la psicología social.

La psicología social contemporánea vive un periodo de morosidad auto-referente. La mejor prueba son los múltiples manuales que constituyen el pequeño universo cognitivo de los estudiantes universitarios en ciencias sociales. Sus contenidos son científicamente armoniosos y ricos en experiencias, pero omiten curiosamente la historia y los grandes temas de los pioneros de la psicología política de fines del siglo XIX y comienzo del siglo XX. Basta señalar aquí algunos de los problemas que merecen poca o ninguna mención. Por ejemplo: los mitos y la construcción de las ideologías, los comportamientos de masas, la violencia urbana, los fenómenos de inmigración, la propaganda, el retorno de los nacionalismos, la mentalidad autoritaria, la socialización cívica, las crisis de identidad colectivas e individuales, las revoluciones y las guerras, los integrismos religiosos, el liderazgo carismático, el populismo y el fascismo, las dictaduras y las tiranías, la fragilidad de la democracia y las conductas antidemocráticas, la socialización política, la significación de las instituciones republicanas, el papel y el funcionamiento de las elites, las consecuencias ideológicas y políticas del desempleo, etc.

Los temas tratados por la psicología social francesa (Dorna 1994) se encuentran en gran medida disociados de la realidad (política) que viven los hombres y las instituciones sociales. La búsqueda de una teoría unificadora abstracta, a partir de modelos microexplicativos de laboratorio, no hace más que acentuar la ruptura entre la realidad concreta y la realidad virtual que estudian los investigadores.

En consecuencia, la psicología política solo tendrá un futuro en la medida que se produzca un cambio en la sensibilidad *política* de los propios investigadores respecto al objeto de estudio. Los datos históricos permiten afirmar que solo las situaciones extraordinarias hacen posible impulsar un programa concreto de investigaciones empíricas. Los hechos demuestran que los grandes desastres sociales y políticos (guerras y revoluciones) han contribuido, paradójicamente, al avance de las prácticas científicas, especialmente en el terreno de las ciencias sociales.

Algunos síntomas, inquietantes, parecen confirmar esta posibilidad. Una crisis política de fondo amenaza, desde hace cierto tiempo, la estructura democrática y republicana de las sociedades occidentales. El contenido psicológico de la crisis del empleo adquiere un tono oscuro y depresivo. La juventud vive bajo el sentimiento de que el futuro les reserva sorpresas desagradables. La afirmación liberal del individualismo ha triunfado globalmente y ha impuesto a escala mundial su propia psicología, que se ha transformado en una justificación del egocentrismo y la exclusión social. Desde el punto de vista psicológico, la ideología liberal postula una política de mercado que tiende a transformar cada sujeto en un mini-Estado, fundador de sí mismo.

La democracia representativa, que para los modernos tenía sentido y contenía una solución política frente a la tiranía del antiguo régimen, hoy en día parece seriamente incapaz de sobrevivir a sus propias contradicciones y a la pérdida de sentido que produce, a pesar de tener una aceptación generalizada.

M. Crozier (1970, 1979) ha descrito la situación de la sociedad francesa, desde hace casi treinta años, como un fenómeno larvado de *bloqueo* institucional y organizacional, que reproduce los disfuncionamiento y las distorsiones del orden social y el inmovilismo de las elites en el poder. La variable explicativa apunta a la significación contradictoria y ambigua de la democracia representativa moderna, la cual como dice acertadamente O. Paz (1993) «no se encuentra amenazada por enemigos externos sino por sus males íntimos». La democracia moderna es un sistema que crea mayorías solitarias y conformistas, anulando así los valores ideales (progreso, perfeccionamiento y cambio, espíritu crítico, altruismo y cooperación) que la

hacen posible y deseable. El relativismo de las creencias y el respeto de la pluralidad de opiniones provoca efectos perversos poco deseables. El riesgo de implosión de la democracia representativa corre paralelo a la emergencia, *mutatis mutandis*, de un nuevo autoritarismo, según el tristemente famoso *síndrome* de la República de Weimar (4), con su corte de los milagros y sus patologías ideológicas, políticas y militares.

Ante tales interrogantes, los esfuerzos de la psicología política futura, pueden consistir en reintroducir el gusto por la historia, los exámenes (diagnósticos) de la realidad concreta y los fundamentos de un programa de trabajos empíricos, destinados a describir, explicar y comprender mejor los mecanismos de la moral pública, es decir del conjunto de conductas que los antiguos llamaban *virtud*, y obviamente de sus crisis recurrentes. En otras palabras, se trata de proponer un proyecto, probablemente utópico, que consiste en revisar científicamente los antiguos paradigmas de la *polis* (5).

Finalmente, unas palabras de Martin Buber me parecen apropiadas para concluir estos comentarios: «solo es utópico aquello en lo cual no hemos puesto aún la energía suficiente».

Notas

1) Alusión al libro de A. Dorna de próxima publicación: *De l'âme et de la politique: fondements de psychologie politique*.

2) *Envite* corresponde al término francés *enjeu* que designa un tipo de apuesta que se hace en ciertos juegos.

3) El término de *centrista* se usa en relación con la bi-polarización (derecha-izquierda) del escenario político e ideológico francés. En otras palabras designa a las personas o partidos políticos que se adhieren a ciertos contenidos ideológicos (humanismo, laicidad, democracia, libertad, republicanismo, racionalismo, cosmopolitismo, etc).

4) La República de Weimar, en la Alemania de los años treinta, representa la derrota de la democracia y la antesala del fascismo. Este tema es abordado en un artículo de A. Dorna : «Le syndrome de Weimar: trois regards psychopolitiques sur la tyrannie » en un próximo número del *Bulletin de Psychologie* (París).

5) La noción de *polis* encarna la invención de la política como un producto social.

Referencias

- Asch,S.(1952): *Social Psychology*. Prentice-Hall. New Jersey.
- Ansart,P.(1983): *La gestion des passions politiques. L'âge de l'homme*. Paris.
- Argentin,G.-Ghiglione,R.-Dorna,A.(1990): La gestualité et ses effets dans le discours politique. *Psychologie Française* n° 35, 2.
- Anzieu,D.-Martin,J.Y.(1968): *La dynamique des groupes restreints*. PUF. Paris.
- Barthès,R.(1977): *Leçon*. Seuil Paris.
- Bardin,L.(1996): *L'analyse de contenu*. PUF.
- Bataille Georges (1933): La structure psychique du fascisme. *Hermes* n° 5/6 (1989). Paris.
- Baugnet,L.(1990): L'identité comme paradigme. *Cahiers Internationaux de Psychologie Sociale*. n° 9/10.
- Baugnet,L.(1994): Identités geopolitiques et nationalités. *Bull. Psych.* n° 419. XLVIII. Paris.
- Beauvois,J.L.(1994): *Traité de la servitude liberale*. Dunod. Paris.
- Billig,M.(1994): Réponses au questionnaire. *Connexions* n°64.
- Blondel,C. 1964): *Introduction à la psychologie collective*. Colin. Paris
- Boudeau,B.et al (1989): Michel, Jacques, Lionel et Laurent. In Ghiglione R.(Ed): *Je vous ai compris*. Colin. Paris.
- Bonnafous,S.(198): *Les motions du congrès de Metz*. Thèse. Université de Nanterre.
- Bourdieu,P.(1982): *Ce que parler veut dire*. Fayard. Paris.
- Bouglé,C.(1923): *Qu'est ce que la sociologie?* Alcan. Paris.
- Braud,Ph.(1991): *Le jardin des delices démocratiques*. Presse FNSP. Paris.
- Burus Michel,J. et al (1996): *Crises: Une approche de psychologie sociale clinique*. Desclée de Brouwer (Paris).
- Buber,M.(1966): *Caminos de utopia*. (trad.) FCE. México.
- Bromberg,M.-Dorna,A-Ghiglione,R.(1983): Les conditions de la persuasion. *Champs éducatifs*. n°4. Paris.
- Caillé,A.(1993): *La démission des clerc*. De la Découverte. Paris.
- Castel,P.-Lacassagne,M.F.(1993): L'émergence du discours raciste: une rupture des routines. *Revue Internationale de Psychologie Sociale*. V. 6, n°1. Paris.
- Crespo,E.(1995): *Introducción a la psicología social*.Universitas. Madrid.
- Crozier,M.(1970): *La société Bloquée*. Seuil. Paris.
- Crozier,M.(1979): *On ne change pas la société par décret*. Grasset. Paris.
- Cotteret,J.M.-Moreu,J.(1969): *Le vocabulaire du Général De Gaulle*. Presses FNSP. Paris.
- Cotteret, J.M.(1973): *Gouvernants et gouvernés*. PUF. Paris.
- Courdesses,L.(1971): Blum et Thorez en mai 1936. *Langue Française*. n°9. Paris.
- Deconchy,J.P.(1980): *Ortodoxie religieuse et sciences humaines*. Mouton. Paris
- Deconchy,J.P.(1996): Psychologie sociale, autoritarisme, démocratisme. *Hermes* n°19. Paris.
- Doise,W.(1982): *L'explication en psychologie sociale*. PUF. Paris.
- Dorna,A.-Bromberg,M.(1985): Communication persuasive et logiques persuasives: deux expériences en situation de laboratoire. *Psychologie Française*. N°1. Paris.

- Dorna,A.(1987): Une approche experimentale de la parole persuasive en politique. *Bulletin de Psychologie XL*. París.
- Dorna,A.(1989): La psychologie politique, un carrefour disciplinaire. *Hermès 5/6*. París.
- Dorna,A.-Ghiglione,R.(1990): Psychologies Politiques. *Psychologie Française*. T. 35-2. París.
- Dorna,A.(1991): *Changement et persuasion*. Thèse d'Habilitation. Université Paris 8 . St. Denis.
- Dorna,A.(1993 a): Estudios sobre el discurso político: el papel persuasivo de las figuras retóricas y la gestualidad. *Psicología Política*, n°6. Valencia.
- Dorna,A.(1993 b): Fundamentos socio-cognitivos de un enfoque contractual del discurso político. *Interaccion social* n°3. Madrid.
- Dorna,A.(1994): Diagnostic de la société démocratique contemporaine: pour une psychologie politique pluridisciplinaire. *Connexions* n°64. París.
- Dorna,A.(1995): Les effets langagiers du discours politique. *Hermès*, n°16. París.
- Dorna,A.(1996): Personnalité machiavélique et personnalité démocratique. *Hermès* n°19. París.
- Dorna,A.(1997): Présentation et quelques remarques sur la psychologie politique. *Bulletin de Psychologie*. París. (à paraître).
- Dosse, F.(1995): *L'empire du sens*. La découverte. París.
- Durkheim,E.(1897): *Le suicide*. (1967) .PUF.
- Elias,N.(1939/1975): *La dynamique d'occident*. Calmann-Levy. París.
- Elser,J.(1991): *Psychologie politique*. Minuit. París.
- Enriquez,E.(1983): *De la horde*. Gallimard. París.
- Enriquez,E.(1991): *Les figures du maître*. Arcantel. París.
- Fourier,C.(1967): *Textes choisis*. Pauvert. París.
- Gaffié,B.(1992): The processes of minority influence in an ideological confrontation. *Political Psychology* Vol.13,n°3.
- Gertlé,J.(1979): *Le langage des socialistes*. Stanké. París.
- Ghiglione,R.-Matalon,B. et Bacri,N.: *Les dires analysés*. Presse Université Paris 8.
- Ghiglione,R. et al (1986): *L'homme communiquant*. Colin. París.
- Ghiglione,R. et al (1989): Je vous ai compris. Colin. (París)
- Ghiglione,R.-Blanchet,A.(1991): *Analyse de contenus et contenus analysés*. Dunod. París.
- Grawitz,M. et Leca J.(1985): *Traite de sciences politiques*. PUF. París
- Guespin,L.(1971): la problématique des travaux sur le discours politique. *Langage* n°23. París.
- Guespin,L.(1984): L'analyse du discours politique en France. In Kerbrat- Orecchio C. et Mouilland M.: *Le discours politique*. PUL. Lyon.
- Guilhamou,J.-Lusenbrick,H.J.(1981): La pragmatique textuelle et les langages de la révolution française. *Mots* n°2. París.
- Hagage,C.(1985): *L'homme des paroles*. Fayard. París.
- Hamon,A.(1894): *Psychologie du militaire professionnel*. Rosez. Bruxelles.
- Hamon,A.(1895): *Psychologie de l'anarchiste-socialiste*. Stock. París.
- Hintikka,J.(1989): Questions de réponses et bien d'autres questions encore. *Langue Française*. n° 52, 56-69. París.

- Ibáñez,T.(1983): *Poder y Libertad*. Hora. Barcelona.
- Jodelet,D.(1992): Mémoire de masse: le côté moral et affectif de l'histoire. *Bulletin de Psychologie*, XLV, n°405. Paris.
- Kuhn,T.(1971): *La structure des revolutions scientifiques*.
- Labbé,D.(1983): *F. Mitterand. Essai sur le discours*. La pensée sauvage. Paris.
- Larrue,J. et al.(1989): *Soumission et contestation*. Cousset Delval.
- Larrue,J. 1994): La psychologie politique dans le monde francophone. *Connexions* n°64. Paris.
- Le Bon,G.(1895): *La psychologie des foules*. Alcan. Paris.
- Le Bon,G.(1917): *La psychologie politique et la défense nationale*. Flammarion. Paris.
- Le Ny,J.F.(1994): Réponses au questionnaire. *Connexions* n°64. Paris.
- Levy,A.(1978): *Sens et crise du sens dans les organisations*. Thèse d'Etat. Université de Nanterre.
- Lubek,I.-Apfelbaum,E.(1989): Les études de psychologie sociale d'A. Hamon. *Hèrmes* n° 5/6. Paris.
- Lucas,L.(1985): Persuasion et politique. *Psychologie Française* n° 30. Paris
- Lytard, F.(1985): *La postmodernité*. Minuit. Paris.
- Maffesoli,M.(1992): *La transfiguration du politique*. Grasset-Fasquelle. Paris.
- Marchand,P.(1994): Engagement politique et conflit socio-cognitif. In Beauvois J.L. et al: *Perspectives cognitives et conduites sociales*. V. Delachaux et Niestlé. Neuchâtel.
- Michelat,G.-Simon,M.(1977): *Classe, religion, et comportement politique*. Presse de la FNSP. Paris.
- Moscovici,S.(1961): *La psychanalyse, son image et son public*. (1976). PUF. Paris.
- Moscovici,S.(1979): *Psychologie des minorités actives*. PUF. Paris.
- Moscovici,S.(1981): *L'âge des foules*. Fayard. Paris.
- Moscovici,S. et Mugny G.(1987): *Psychologie de la conversion*. Cousset. Delval.
- Moscovici,S.(1988): *La machine à fire des dieux*. Fayard. Paris.
- Mugny,G.-Pérez,J.(1989): L'influence sociale comme processus de changement. *Hèrmes* n° 5/6. Paris.
- Oleron (1983): *L'argumentation*. PUF. Paris
- Orfali,B.(1990): *L'adhésion au Front National*. Kimé. Paris.
- Pagès,M.(1968): *La vie affective des groupes*. Dunod. Paris.
- Pagès,M.(1991): Le mystère des origines. *Psychologie clinique*, n°5, 173-179.
- Pagès,R.(1983): Preface à Ibanez T. "Poder y libertad. Hora. Barcelona.
- Pagès,R.(1987): Navettes d'échelles en sociopsychologie politique. *Bulletin de Psychologie*. T.XL.n° 379
- Paicheler,G.(1985): *Psychologie des influences sociales*. Delachauxet Niestlé.Gèneve.
- Paz,O.(1993): *Itinéraires*.
- Pêcheux,M.(1975): *Les vérités de La Palice*. Maspero. Paris.
- Pêcheux,M.(1969): *L'analyse automatique du discours*. Dunod. Paris.
- Perrineau,P.(1994): *L'engagement politique*. Presses FNSP. Paris.
- Poitou,J.P.(1973): Le pouvoir et l'exercice du pouvoir. In Moscovici (1973): *Introduction à la psychologie sociale*. Larousse. Paris.

- Politzer,G.(1964): *Principes élémentaires de philosophie*. Ed. Sociales. París.
- Rouquette,M.L.(1989): *Psychologie politique*. PUF. París.
- Rouquette,M.L.(1994): *Sur la connaissance des masses*. PUG. Grenoble.
- Richelle,M.(1977): *B.F. Skinner ou le peril behavioriste*. Mardaga. Bruxelles.
- Ridel,L.(1991): Crise et conflictualité dans l'organisation. *Psychologie clinique* n°5. París.
- Rosenplac (1990): *Les radicalismes. Mémoire*. Université de París VIII. St. Denis.
- Sorel,G.(1908): *Réflexions sur la violence*. Rivière. París.
- Taine,H.(1930): *Les origines de la France contemporaine*. Flammarion. París.
- Taguieff,P.A.(1988): *La force du préjugé*. La decouverte. París
- Tarde,G.(1890): *Les lois de l'imitation*. Alcan. París.
- Tarde,G.(1903): *L'interpsychologie*. Bulletin de l'I.G.P. n° 3.
- Tocqueville,A.(1961): *De la démocratie en Amérique*. Gallimard. París.
- Trognon,A.-Larrue,J.(1994): *Pragmatique du discours politique*. Dunod. París.

Alejandro Dorna es Catedrático de Psicología Social en la Universidad de Caen. Corresponsable del Laboratorio de Psicología Cognitiva y patológica de la misma Universidad. Sus líneas de investigación actual son: La psicología de la persuasión, del discurso y liderazgo político; los problemas de historia del pensamiento político y de los cambios sociales. Sus trabajos más recientes son: *De l'âme et de la politique* (Ed. por Destlé et Brouwer, 1998) y "La psychologie politique devant la crise de la société démocratique contemporaine" (Editor). Número especial del *Bulletin de psychologie*, 1998.
Dir. 3, rue du Parc 95220. Herblay. Francia